



**HOMILÍA XXXI DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO  
PARROQUIA SAN MARTÍN DE PORRES  
Cabimas, 12/XI/2023.**

Muy apreciados hermanos:

Estamos celebrando el XXXII Domingo del Tiempo Ordinario. Nos acercamos el final del año litúrgico, con la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. Y dentro de tres semanas ya empieza el tiempo de Adviento. Por eso, la Iglesia nos invita a reflexionar sobre las postrimerías o novísimos, es decir, sobre las realidades últimas: muerte, juicio, infierno. El antiguo Catecismo nos aconsejaba: *“muerte, juicio, infierno y gloria ten cristiano en tu memoria”*. Y en el libro del Eclesiástico leemos: *“En todas tus acciones ten presente tu fin, y jamás cometerás pecado”* (Ecl 7, 36).

San Agustín, santo y doctor de la Iglesia, siguiendo la Sagrada Escritura, afirma que *“Señor, nos has creado para ti, y nuestro corazón estará inquieto hasta que descanse en ti”*, y *“Dios que nos creó sin nuestro consentimiento, no nos salvará sin él”*. La vida es un don de Dios. Y Él quiere que todos los hombres se salven. Pero, lamentablemente, el hombre puede elegir no aceptar la salvación, el amor y el perdón que el Señor le concede. Afirma San Juan Pablo II: *“la «condenación» no se ha de atribuir a la iniciativa de Dios, dado que en su amor misericordioso Él no puede querer sino la salvación de los seres que ha creado. En realidad, es la criatura la que se cierra a su amor. La «condenación» consiste, precisamente, en que el hombre se aleja definitivamente de Dios, por elección libre y confirmada con la muerte, que sella para siempre esa opción. La sentencia de Dios ratifica ese estado”*.

A través de esta parábola, de este hecho de la vida real, el Señor nos invita a prepararnos a nuestro encuentro definitivo con Él, a través de la prudencia y la vigilancia.

¿Quiénes son los protagonistas de la parábola?

- El esposo representa a Cristo, que llega a una hora desconocida, para juzgar en el momento de nuestra muerte.
- Las vírgenes representan a toda la humanidad: unos son prudentes y se encontrarán preparados, con buenas obras; otros, descuidados, imprudentes, dormidos o entretenidos en muchas cosas.
- Lo anterior a la boda es la vida, aquí en la tierra; lo posterior –la llegada del esposo y la fiesta de bodas–, la bienaventuranza compartida con Cristo, para los prudentes y la condenación (o separación definitiva de Dios) para los imprudentes.

En conclusión, podemos decir que la parábola se centra en la muerte, en el momento definitivo en el cual llega Dios y se encuentra con cada persona. Es el momento del juicio particular, en el cual se decide nuestro destino: unos entran

comuni3n eterna con , que llamamos cielo, bienaventuranza eterna y otros, por decisi3n personal, quedan separados de Dios, que llamamos infierno.

Qu enseñanzas podemos sacar de esta parábola?

- Que la salvaci3n es personal. Cristo quiere decirnos que nadie puede vigilar por otro, que nadie puede asumir la responsabilidad de los demás en los momentos cruciales. Cada uno debe cuidar su propia lámpara, es decir, no podemos poner por excusas el comportamiento de otros para descuidar nuestras obligaciones. Lamentablemente, a veces, cuando me ha tocado corregir a alguna persona por alguna conducta inadecuada, me ha respondido es que “tal persona” actúa así, que porque no le exijo lo mismo... Tengamos en cuenta, queridos hermanos, que el Señor, el día de la muerte, te juzgará a ti, de modo personal; no a otros.

- Preparmonos cada día, no dejemos las cosas importantes, y la salvaci3n es una de ellas, para después. Porque cuando llegue la hora, s3lo se salvarán los que estn preparados. Y ya que no conocemos “ni el día ni la hora”, será necesario velar. El cristiano debe ser, por eso, un hombre despierto, prudente, vigilante, un hombre que está preparado a recibir al Señor cuando llega. “Vivir cada instante, como si fuera el último instante de nuestra vida”.

- Cuando llegue la hora del juicio, no será posible el intercambio de los bienes espirituales. Cada uno será juzgado según sus propias obras. Solo aquellos que estn preparados, entrarán en el banquete celestial en el Reino de los cielos. Recordemos lo que nos dice Jesús, en la parábola del rico epul3n y el pobre Lázaro: “*entre ustedes y nosotros hay un abismo tremendo, de tal manera que los que quieran cruzar desde aquí hasta ustedes no pueden hacerlo, y tampoco lo pueden hacer del lado de ustedes al nuestro*” (Lc 16, 26-28).

- Para nosotros lo primero en la vida, lo verdaderamente importante, es entrar en el banquete de bodas que Dios mismo nos ha preparado. Todo lo demás es relativo y secundario: el éxito, la fama, la pobreza o la riqueza, la salud o la enfermedad... Todo eso será bueno si nos ayuda a mantener la lámpara encendida con una buena provisi3n de aceite, que son las buenas obras, especialmente la caridad.

- La salvaci3n es un don de Dios, pero necesita de nuestra cooperaci3n. Por eso, trabajar por nuestra santificaci3n es algo esencial. No podemos dejar las cosas que se refieren al Señor, en un segundo lugar. Cumplir el primer mandamiento es esencial: “*amar a Dios con todo el coraz3n, con toda la mente y con todas nuestras fuerzas*”. No podemos decir, como hicieron las j3venes imprudentes: no rec, no fui a misa, no me he confesado... porque se me olvid3 o porque no ten tiempo. Qu se me olvid3? Te respondo con unas palabras de San Josemaría: «*hay olvidos que no son falta de memoria, sino falta de amor*». Qu no tengo tiempo? Tenemos tiempo para lo que amamos y si decimos amar a Dios, tendremos tiempo para él. Cuando lleguemos a la presencia de Dios, se nos preguntarán dos cosas: si hemos amado a Dios y al pr3jimo, con obras concretas. Todo lo demás tiene poco o nada de valor: si somos profesionales, o cuánto dinero tenemos en el banco, si hemos estado sanos o enfermos, si hemos tenido fama o no... Les invito a que hagamos un examen

de conciencia y nos preguntemos: ¿Tenemos siempre presente al Señor en todo lo que hacemos? Si Cristo viniera hoy a nuestro encuentro, ¿nos encontraría vigilantes, esperándole con las manos llenas de buenas obras?

- Será Cristo quien nos juzgue. Como dice los Hechos de los Apóstoles, “Él ha sido constituido por Dios como juez de vivos y muertos” (Hch 7, 42). Y San Pablo recordaba esta verdad de fe a los primeros cristianos de Corinto: “*Todos debemos comparecer ante el tribunal de Cristo, para que cada uno reciba conforme a lo que hizo durante su vida mortal, bueno o malo*” (2 Cor 5, 10). Nos juzgará “*quien nos amó y dio la vida por nosotros*”. Siendo fieles cada día, cumpliendo los mandamientos, viviendo el espíritu de las bienaventuranzas, en pocas palabras, amando y sirviendo a Cristo, no nos dará temor presentarnos ante Él; por el contrario, tendremos un inmenso gozo y mucha paz.

Cuentan que agonizaba un santo obispo. Los que lo acompañaban se maravillaban de verlo tan tranquilo y hasta alegre. Creyendo, tal vez, que no era consciente de su verdadero estado de gravedad, alguien le llamó la atención sobre su próximo fin. Entonces el obispo dijo: “*Si, ya sé que muy pronto moriré y seré juzgado. Pero me juzgará aquél que me ama*”.

Queridos hermanos, imitemos el ejemplo de las vírgenes prudentes que estaban preparadas cuando llegó el esposo. Ampliemos nuestra mirada y veamos con los ojos de la fe; veamos la eternidad que nos espera, y comportémonos de acuerdo con ese fin que nos va a llegar. El problema número uno es el del más allá. Hay que saber a tiempo prevenir los riesgos. Necesitamos vivir en estado de alerta, por lo que pueda ocurrir. No sabemos ni el día ni la hora. Recordemos lo que decían los antiguos: “*Mira que Dios te mira. Mira que te está mirando. Mira que haz de morir. Mira que no sabes cuándo*”. Jesús quiere que esta vida pasajera no nos haga olvidar la vida eterna que nos espera.

Le pedimos a la Virgen que nos ayude a prepararnos bien, con nuestra oración y buenas obras, al encuentro definitivo con su hijo, Nuestro Señor Jesús. Así sea.

†   
† Ángel Francisco Caraballo Fermín  
Obispo de Cármas

